

y vuestra conversión les causará grande gozo. Os acaecerá algo extraordinario, que os demostrará que el Señor ha perdonado vuestro pecado.

Consolado Ménas con estas palabras, volvió á Raitha, en donde se verificó puntualmente la predicción, del Santo: pues los Padres le recibieron con grandes demostraciones de ternura y de caridad. Le permitieron que ejerciese las funciones de su órden, y un dia que llevaba el cáliz con la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo, le pareció como que le salia de la cabeza uno de sus ojos, lo cual fué una señal, por la que conocieron los Padres que Dios le habia perdonado su deserción, como le habia asegurado san Simeón.

Añade el mismo autor que el abad Eusebio, sacerdote del mismo monasterio, le refirió que un dia el maligno espíritu, que se transforma algunas veces en ángel de luz, tomó las apariencias de un monje, y llamó á la puerta de la celda de un anciano. Era costumbre entre estos santos religiosos empezar todas sus conversaciones con la oración. Abriendo la puerta el buén anciano, recibió á este espíritu fantástico, cual si fuese lo que aparecia, y le dijo: « Hagamos oración; » pero el demonio no dijo más que la mitad de una fórmula, que en realidad nada significaba. El anciano se apercibió de ello, y le dijo que orase; pero el maligno espíritu no hizo más que repetir lo que ántes habia dicho. Entónces el anciano le replico: orad de esta manera: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* ahora y por los siglos de *los siglos*. Al oír estas palabras, desapareció el demonio.

El abad Daniel fué también religioso de Raitha, lo mismo que Teodoro, que escribió acerca del misterio de la Encarnación; pero nada de particular sabemos de su vida. Conservamos parte de ella escrita por san Juan Clímaco: Teodoro no es conocido más que por su obra dogmática.

Dos solitarios con el nombre de Gregorio, el uno Bizantino y el otro Faranita, se retiraron á una isla del mar Rojo, en la que no habia agua dulce; de modo que tenian que venir á tierra firme de tiempo en tiempo para proveerse de ella. Una noche se hizo pedazos la barquilla á causa de una tempestad, y se vieron reducidos á morir de sed. Ocho meses despues algunos solitarios de Raitha, que pasaron á esta isla, descubrieron sus cuerpos, que aún estaban enteros, y llevándolos consigo, les dieron sepultura en su monasterio. En el dorso de una tortuga encontraron escritas estas palabras. « El abad Gregorio de Farán ha muerto de sed, despues de estar veintiocho dias sin beber, y yo he pasado treinta y siete dias en la misma necesidad.

ESTADO DE LOS MONJES DE EGIPTO Y DE LAS PROVINCIAS COMARCANAS EN TIEMPO DE SAN JUAN MOSCH ¹

Juán Mosch, religioso del monasterio de san Teodosio, en la diócesis de Jerusalem, hizo dos viajes á Egipto. El primero para evacuar algunos asuntos de su comunidad hacia el año 580, y el segundo con su discípulo san Sofronio hacia el de 606, y con este motivo visitó á muchos solitarios, tanto de Egipto como de los desiertos inmediatos. Expondremos aquí lo que refiere de ellos, y esto confirmará lo que hemos dicho en los capítulos precedentes acerca, de los religiosos que se sostuvieron en la fé y piedad

¹ Vitt PP., Juán Mosch, Baronio, Surio, Cotelier y Bulteau.

en medio de las vejaciones de los herejes, no cediendo en virtud á los primeros habitantes de estas soledades.

Se refiere en las actas de san Aretas, que en el reinado del emperador Justino, hacia el año 521, habia en Alejandría un obispo católico llamado Astero, que fué á ofrecer á Dios sus oraciones juntamente con dos religiosos ortodoxos que vivian en Nitria y en Esceté; que además habia dos iglesias en los desiertos de las Celdillas, una en que se congregaban los católicos, y otra que servia á los entiquianos y acéfalos, que no admitian el concilio de Calcedonia, y que tachaban de nestorianos á los católicos.

Habia entónces en el desierto de las Celdillas un buen solitario llamado Jacobo, que se distinguia por su humildad, y que á la vez que por los católicos, era amado y respetado de los herejes. Hallábase unido á los primeros, y asistia al oficio divino en su iglesia. Estos le recomendaban mucho que no se dejase seducir por los eutiquianos, los cuales por su parte se enforzaban por persuadirle que obraba su ruina espiritual en la iglesia de los católicos, á quienes acusaban de nestorianos. Jacobo, tan sencillo como humilde y de escasa instrucción religiosa, no sabia de que lado inclinarse, y agitado su espíritu por continua inquietud, se dirigió á Dios, pidiéndole que le diera á conocer el partido que debia abrazar. A este fin tomó el hábito con que debia ser enterrado, se encerró en una celda separada del monasterio, como si quisiera sepultarse en una tumba, y pasó cuarenta dias en oración y ayuno. Al cabo de este tiempo se sintió tan debilitado, que cayó desmayado en tierra. En esta situación vió entrar en su celda á un niño, que se presentó á él con rostro sonriente, y le dijo: ¿Qué haceis aquí, abad Jacobo? Con estas palabras se sintió ilustrado con una luz celestial, y reanimado su cuerpo, pudo responderle: Vos, Señor, sabeis el motivo de mi amargura: unos me dicen, no dejes la verdadera Iglesia

que es la de los católicos; miéntras que otros quieren persuadirme, que estos siguen la impia doctrina de Nestorio. De modo que no sabiendo que hacer, he llegado al estado en que me veis. Entónces el niño, ó más bién el ángel que le hablaba bajo la forma de un niño, le dijo: Abad Jacobo, bién estais en donde estais. Jacobo que creia estar en su celda, se apercibió de que habia sido trasportado á la iglesia de los católicos, lo cual le hizo comprender que no debia separarse de su comunión.

Al decir que este solitario tomó el hábito con que debia ser sepultado, y se encerró en su celda, debemos hacer constar que era costumbre de los solitarios de Egipto conservar hasta la muerte el hábito ó túnica que habian tomado al entrar en religión, hábito que se llamaba santo, por cuya razón no lo llevaban más que el domingo á la sagrada Comunión, guardándolo siempre con el mayor cuidado. Esto nos demuestra el respeto que profesaban los solitarios al santo hábito, pues querian ser sepultados con el mismo con que se habían consagrado al Señor.

El solitario Focas, á quien debemos estos datos, dice que el padre del abad Jacobo lo fué, no sólamente según la carne, sino también según el espíritu, lo que demuestra, ó que fué superior del monasterio, ó que tuvo bajo su especial dirección á su hijo. Focas debió tener más edad que él cuando se hallaba en esta comarca, como se deduce de este pasaje de sus escritos; » Un dia, en que yo estaba en Esceté, vino á buscarme el abad Jacobo, y á exponerme que se hallaba combatido de una tentación tan violenta, que temia sucumbir á ella. He resuelto, me dijo, encerrarme en tal caverna, y os pido por amor de Dios que á nadie lo digais, ni aún á mi mismo padre. Tened la caridad de ir á buscarme al cabo de cuarenta dias, y de administrarme la sagrada Comunión, si Dios me conserva la vida, ó darme sepultura si he muerto.

Pasados los cuarenta días, fui á verle, llevando el Santísimo Sacramento, y un poco de pan y de vino, porque suponía que necesitaria de este alivio. Al entrar en la caverna, sentí un hedor insoportable, y creí que estaria muerto; sin embargo, aún tenia un soplo de vida. Tan luego como me vió, me tendió los brazos, y me indicó por medio de señales que le administrase la sagrada Comuni6n; pero tenia la boca tan contraída por los rigores de la abstinencia, que tuve necesidad de valerme de un instrumento para desencasquetarle los dientes. Despues de darle el cuerpo adorable y la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo, empecé á reponer sus abatidas fuerzas, haciéndole tomar algunos pedazos de pan mojados en vino. Por último, la gracia del Señor hizo que en un solo dia se repusiese, y á la mañana siguiente se halló en disposici6n de volver á su celda. En adelante se vió libre de la tentaci6n que lo atormentaba.» Tal es el relato del solitario Focas, que residió durante algùn tiempo en el desierto de Esceté, y que más tarde se retiró al monasterio de Teognio, cerca de Jerusalem.

Ya hemos dicho que Juan Mosch hizo dos viajes á Egipto. En el primero oyó hablar de un célebre solitario llamado León, natural de Capadocia que se habia retirado al Oasis, desierto de la Libia. Quiso ir á verle, y encontró en él tanta virtud, que confiesa, que excedia en mucho á todo cuanto se le habia dicho. León era un religioso desprendido de todas las cosas del mundo, lleno de caridad para con su prójimo, amante de su retiro en el que vivia en absoluto silencio, y lo que más prueba su sólida virtud es que estaba fundada sobre una profunda y sincera humildad.

Dice Juan Mosch que quedó sumamente edificado de su conversaci6n, así como los que iban con él; pero les dijo una cosa cuyo sentido no pudieron ent6nces penetrar,

y les costó mucho trabajo conciliar la alta idea que habian concebido de su virtud y sabiduría con la humildad que parecia echarse de ménos en algunas de sus palabras. «Creedme, les dijo, hijos míos, yo estoy destinado para reinar dentro de algùn tiempo.» Se referia á la esperanza que abrigaba de entrar en breve en el reino celestial; pero Juan Mosch y sus compañeros que creyeron que se referia á un reino terreno, le dijeron: Abad León, no sabemos que haya salido ningùn emperador de Capadocia, así es que debeis desechar semejante ilusi6n. — Antes por el contrario, replicó León, tengo muy fundadas esperanzas de reinar muy pronto.

Algùn tiempo despues los Mazicos hicieron una irrupci6n en la provincia, y habiendo penetrado en el desierto de óasis, asesinaron á muchos solitarios, y llevaron á otros cautivos. Entre ellos habia tres enfermos, á saber; el abad Juan que habia sido lector en la iglesia mayor de Constantinopla, el abad Eustaquio el Romano, y el abad Teodoro el Ciliciano. Como les hubiesen atado, dijo el abad Juan á los bárbaros: Llevadme á la ciudad, y yo pediré al obispo que os dé veinticuatro piezas de oro por nuestro rescate. Hiciéronlo así, y uno de ellos se encargó de acompañarle.

En este tiempo se hallaba en la ciudad el abad León con algunos Padres del desierto, cuya circunstancia hizo que escapasen al furor de los bárbaros. Presentóse, pues, el abad Juan al obispo, y le suplicó que diese las veinticuatro piezas de oro en que habia concertado su libertad; pero no teniendo el prelado más que ocho piezas, y obstinándose el bárbaro en las veinticuatro, no se pudo conseguir nada de él, y se llevó á su cautivo.

A los tres dias el abad León rogó al obispo que le diese las ocho piezas, y con ellas se fué al campamento de los Mazicos, diciéndoles: Ya veis que se hallan enfermos estos

tres religiosos que teneis cautivos, y que de nada os pueden servir: aceptad, pues, el partido que os voy á proponer. Aquí teneis ocho piezas de oro: tomadlas, hacedme á mí cautivo, y dejad en libertad á estos tres religiosos. Yo me hallo en buena salud: estoy en estado de prestaros servicios; miéntras que si rechazais el partido que os hago, morirán estos tres buenos solitarios, y no tendreis ni hombres ni dineros.

Comprendiendo los Mazicos que esta proposición les era ventajosa, tomaron las piezas de oro, retuvieron cautivo á León, y dieron libertad á los otros tres. Lleváronle á un lugar muy lejano, y viéndole sumamente fatigado, le cortaron la cabeza. Entónces comprendimos, dice Juan Mosch, el verdadero sentido, en que nos habia dicho que estaba destinado á reinar, pues es verdaderamente reinar dar la vida por los amigos.

El cardenal Baronio expone extensamente el relato de Juan Mosch en sus anales, y considera la muerte del solitario León como un verdadero martirio. San Juan Climaco parece hacer alusión á la misma historia, cuando dice en el grado vigésimo sexto de su *Escala Santa*: «Nadie dé por excusa que es imposible al hombre observar los preceptos del Evangelio, pues hay almas que hacen más que lo que manda el Evangelio. Debe persuadirlos de ello el ejemplo del que amó á su prójimo más que á sí mismo, y dió su vida por él, por más que no se lo mandase la ley de Jesucristo.» — Los que han comentado la obra de este santo doctor de la Iglesia griega, están conformes en que el ejemplo á que alude es la generosa acción del abad León. Más adelante veremos otro hecho heroico de caridad llevado á cabo por otro solitario.

Juan Mosch hizo su segundo viaje á Egipto en compañía de su discípulo Sofronio. Ambos fueron á visitar á un solitario llamado Juan de la Piedra, ya porque fuese

natural de la Arabia Pétreá, ó porque habitase en la Piedra, cerca del Nilo, y éste les exhortó muy encarecidamente á que amasen la pureza, y se desprendiesen de todas las cosas del mundo. Les habló de los solitarios de Esceté, entre los cuales se habia educado en su juventud, y queriendo proponerles un ejemplo de privación de las cosas necesarias para la vida, les dijo que vivian tan pobremente, que un anciano que padecía del hígado, no pudo encontrar en todas las celdas un poco de vinagre con que calmar los dolores que sufría. Sin embargo, habia en este desierto tres mil quimientos religiosos repartidos en cuatro monasterios.

Juan Mosch y Sofronio fueron á Therenut con objeto de visitar al abad Teodoro de Alejandría, que les habló de los solitarios de Esceté. Díjoles que, si bién es verdad que se habian obrado grandes revoluciones en este desierto, como habian predicho los antiguos Padres; pero que despues habian florecido entre los habitantes de él religiosos de una caridad, de una abstinencia y de una sabiduría admirables: pues habia algunos que no comian sino cuando se les iba á visitar, y entre otros, un anciano llamado Ammón. «Como yo sabia, dijo, su costumbre, porque vivia cerca de él, cuidaba de visitarle todos los sábados, y con este pretexto le hacía tomar algún alimento.» — Era también costumbre de los solitarios de Esceté que, al venir alguna persona á visitarles, la invitaban á orar, y entre tanto se le preparaba la comida.

Se ocupaban entonces muchos en cultivar la tierra, y Dios manifestó á un anciano en una visión, que este trabajo era para muchos un motivo de tentación: pues este buen anciano vió una noche al demonio que estaba haciendo escardillos, ganchos y canastos, y al preguntarle lo que esto significaba, respondió: Preparo distracciones á los solitarios, para que, teniendo preocupado el espíritu con

su trabajo, cuando van á la oración, la hagan con disipación y negligencia.

El abad Ireneo era el que referia esta visión á Juan Mosch y á Sofronio. Este abad vivió primeramente en Esceté; pero cuando los bárbaros vinieron á este desierto, se vió obligado á huir para no caer en sus manos. Fuese, pues, á Palestina, y se retiró á una laura en el territorio de Gaza. El abad del monasterio le dió á leer un compendio de las acciones y máximas más notables de los antiguos Padres de la soledad, lo cual demuestra que habia en las casas religiosas estos compendios, para instruir á los religiosos en sus deberes con los ejemplos y sentencias de los que les habian precedido en el mismo estado.

Tan luego como abrió el libro, encontró un capítulo que le pareció haber sido escrito expresamente para él: pues se decia que, habiendo ido un religioso en busca de un anciano para encomendarse á sus oraciones, le respondió éste. « Cuando seais de los nuestros, oraré por vos; pero ahora no lo hago, porque nos habeis dejado, para ir á donde habeis querido. »

Tan luego como leyó Ireneo estas palabras, cerró el libro, y dijo: ¡ Desgraciado de mí, que he dejado á mis padres de Esceté para venir por mi propia voluntad á otro pais! Estos padres no orarán por mí. » Devolvió el libro al abad, y se despidió de él para volver á Esceté; pero como en este desierto no habia seguridad á causa de las frecuentes irrupciones de los bárbaros, se detuvo en el de las Celdillas.

La conversación que Juan Mosch y su compañero tuvieron con Marcelo, solitario de Esceté, les sirvió de mucha edificación. Este religioso era natural de Apamea en Siria. Cuando estaba en su pais, un corredor, llamado Fileremo, que quiere decir *amador del desierto*, fué vencido en una carrera publica, y los de su partido exclamaron: Fileremo no

alcanzará corona en la ciudad. Aunque estas palabras no se referian á Marcelo, se las aplicó en un sentido espiritual, y se retiró al desierto de Esceté, recordándolas siempre que tenia que salir del monasterio, y diciéndose á sí mismo: *Marcelo Fileremo, ó el amador del desierto, no obtendrá corona en la ciudad.* Confesó á Juan Mosch y á Sofronio, que este pensamiento le habia servido mucho para aficionarse á la soledad, en que vivió durante treinta y cinco años. Despues de este tiempo los bárbaros penetraron en el desierto de Esceté, le llevaron cautivo, y le vendieron en el pais de Pentápolis. Más tarde se retiró al monasterio de Monidión, en el cual Juan Mosch y Sofronio tuvieron el consuelo de hablarle.

Les refirió, aunque atribuyéndolo á otra persona, que, hallándose en Esceté, se levantó una mañana á cantar los salmos, y apénas hubo empezado, oyó el ruido de una trompeta, cual si diése la señal de combate. No pudo menos de turbarse, y decirse á sí mismo: ¿ De donde viene lo que oigo? No hay trompeta, ni soldados, ni ruido de guerra en este desierto. Pero el demonio se le apareció, y le dijo: Sí, lo que tú oyes es señal de guerra: si no quieres ser atacado y combatir contra nosotros, retírate á dormir.

« Creedme, hijos míos, añadió, nada hay que espante, que desconcierte y que irrite tanto á los demonios, como la meditación continua de los salmos. Es verdad que los otros libros de las sagradas Escrituras son muy útiles, y les turban mucho; pero no tanto como los salmos: pues podeis observar que cuando en una ciudad una parte del pueblo alaba al emperador, los demás no se ofenden; pero si al mismo tiempo que los que cantan las alabanzas del príncipe injurian á los demás, estos no podrán menos de irritarse y ofenderse. »

« De la misma manera, cuando leemos los Libros santos, aún cuando los demonios son despreciados en ellos, nunca